— Si á su reverencia parece bien, nuestra voluntad sería que el convento lleve el nombre de la Asunción de la Virgen, — dijo con timidez la

— Con tanto más gusto cuanto que soy muy

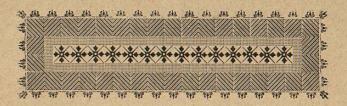
devota de este sagrado misterio.

Francisco Velázquez llegaba con las escrituras de donación, y después de firmarlas y tratar largamente de cuanto se relacionaba con ellas, despidiéronse de la santa Madre, y ésta se retiró á descansaren el aposento que le tenían prevenido.

IX

El 25 de Enero, fiesta de la Conversión de San Pablo, fué la solemne toma de posesión del nuevo monasterio, con tanta alegría de sus patronos como singular gozo del pueblo. Si en la noche de aquel día hubiera podido la esposa de Velázquez asomarse al corredor de su antigua morada, habría visto realizado su misterioso ensueño: por el ámbito del patio cruzaban las cándidas flores, cuyos perfumes de virtudes subían al cielo; delicados lirios espirituales que desde entonces produce con abundancia tan deleitoso jardín. Incansable en el cumplimiento de su deber, Teresa de Jesús encomendó la dirección del convento á Sor Juana del Espíritu Santo, y nombró Subpriora á María del Sacramento, á la cual para estos cargos llevó consigo desde Salamanca. Luego, sin rendirse á los ruegos de las que deseaban gozar algo más de su compañía, partió para Medina del Campo, donde habían surgido graves diferencias.





CAPÍTULO X

PRIORA DOS VECES

T

gar á Medina, halló, no solamente los males que recelaba, sino otros más graves, por estar la Comunidad dividida en dos bandos y obedecer cada cual á diferente Priora. Inés de Jesús, elegida por la santa Madre para tal cargo, veía usurpadas sus atribuciones por Doña Teresa Quesada, religiosa que había sido en la Encarnación de Avila, y que supo recabar apoyo del Provincial para imponerse á sus Hermanas. De aquí nacían grandes disgustos con la familia de una novicia que, descontenta de la vocación de ésta y codiciosa de los bienes que poseía, deseaba á toda costa sacarla de la clausura tomando como pretexto la desunión de las religiosas.

La llegada de la fundadora fué como el agua

que, bien dirigida, ataja el incendio; calmó á unas, satisfizo á otras, dió la razón á quien verdaderamente la tenía, y todo se hubiera arreglado para honra y gloria de Dios si la tenacidad del Provincial, que se creía desairado por el sabio gobierno de Teresa, no deshiciera en un punto lo que con harto trabajo se iba consiguiendo.

Valido de su autoridad, y con marcada injusticia, envió mandamiento como de excomunión á la santa Madre, intimándola á salir inmediatamente de Medina con la Priora Inés de Jesús, y retirarse al convento de San José de Avila, donde debía permanecer hasta nueva orden. Aunque era en lo más recio del invierno, y los males de Teresa la hacían padecer extraordinariamente, obedeció sin replicar, y marchó dejando á sus hijas muy afligidas, no sólo por la injuria que se le infería, sino por quedar mandadas por Superiora que no les agradaba.

En medio de estas contrariedades llegó la santa Madre á Avila, y lo primero que hizo fué visitar en su ermita al Señor atado á la columna, á quien rogó con fervor que la dejara algún tiempo en su primera y amada Casa; pero terminó sus plegarias como Jesús en el Huerto de las Olivas.

—«Mas no se haga, Padre mío, mi voluntad, sino la tuya.»

II

Mientras que las religiosas de San José procuraban con amorosos cuidados mitigar el rigor de las enfermedades que aquejaban á la reformadora carmelita, y ésta se defendía de tan prolija ternura gozosa de padecer por Dios, el Pontífice Pío V, en su anhelo de perfeccionar el servicio del Señor, preparaba inconscientemente nuevos trabajos á Teresa de Jesús.

Empezó por nombrar Visitadores de las Religiones que las aumentaran y reformaran, y para los conventos del Carmen, en la provincia de Castilla, eligió al Padre Maestro Fr. Pedro Hernández, del Orden de Santo Domingo, varón de mucha prudencia y letras, el cual, aunque había oído á su hermano en religión Fr. Pedro Báñez ponderar los méritos y virtudes de Teresa de Jesús, desconfiaba de ellos y deseaba experimentarlos.

Desde la primera vez que visitó á la santa Madre se convenció de que nada habían exagerado respecto á ella, formando tan alta opinión que no pudo menos de exclamar ante alguno de sus más íntimos amigos:

— Habíanme dicho que era mujer ésta; no es sino hombre barbado. (Vida de la santa Madre, por el P. Ribera, 2.º parte, cap. I, pág. 215.)

Cuando Teresa le dió cuenta, como á Prelado, de su vida y hechos, quedó admirado y lleno de edificación, lo cual expresó en estas palabras:

—La madre Teresa de Jesús ha mostrado al mundo cómo es posible que vivan mujeres guardando la perfección evangélica. (P. Yepes, lib. II, fol. 354.)

— Paréceme, —le dijo otra vez que la vió, que más falta que en Avila hace su reverencia en Medina del Campo.

Y añadió para sí:

—Un día de ejemplo dado por esta sierva de Dios, hace más que años enteros de cuidados de otras Preladas.

—Lo haré como vuestra paternidad ordena, — respondió humildemente la fundadora; — pero es el caso que estoy aquí por expreso mandato del Padre Provincial.

—Yo lo levanto, —se apresuró á decir el Visitador: —vaya sin pérdida de tiempo, que está allí elegida Priora, pues la que había se ha vuelto á la Encarnación.

III

Solamente dos días invirtió en el camino Teresa de Jesús tornando á Medina del Campo, donde halló confirmado, con la ausencia de Doña Inés, lo que dijo Fr. Pedro Hernández; aplicó toda su actividad, prudencia y talento en extirpar la cizaña de los anteriores disturbios, y con sabias disposiciones llevó el consuelo al atribulado espíritu de las religiosas, que suspiraban por él hacía un año sin esperanzas de conseguirlo. Á las rencillas y divisiones, sucedieron las suaves pláticas en las horas de recreación; y como los sucesos pasados tenían afligidas aquellas almas y con grandes deseos de perfeccionarse, preguntaron un día á Teresa de Jesús qué harían para lograr lo que anhelaban: la santa Madre les respondió, como quien conocía tan bien las necesidades que las aquejaban:

—«No penséis, amigas y hermanas mías, que son muchas las cosas que para ello os encargaré. ¡Quiera Dios que hagamos lo que nuestros Santos Padres ordenaron y guardaron, que por este camino merecieron tal nombre! Yerro sería buscar otro ni aprenderlo de nadie: sólo tres cosas me extenderé en declarar, que son de nuestra Constitución, porque importa mucho entendamos lo que nos va en guardarla para tener la paz que tanto nos encomendó el Señor interior y exteriormente. La una es amor de unas con otras; la otra, desasimiento de todo lo criado; la otra, verdadera humildad, que, aunque lo digo á la postre, es muy principal y lo abraza todo.» (Camino de Perfección, cap. IV, núm. 13.)

¡Admirables sentencias, dignas de ser grabadas en mármoles y bronces, y mucho más en los corazones de todas las criaturas! ¿Dónde hallar prendas más seguras de perpetua y santa paz? ¿Qué otra cosa es el amor del prójimo, sino paciencia para sufrirle y caridad para procurarle siempre el bien? ¿Qué el desasimiento, sino el contraveneno de la ambición y la humildad, el firme cimiento sobre que se labran todos los sacrificios que aumentan los méritos del alma?

IV

Apenas empezaba la fundadora á recoger el fruto de su amoroso gobierno, cuando el Visitador apostólico, que había vuelto á Avila después de breve estancia en Medina, la envió á llamar apresuradamente. ¿ Cuál era la causa de tal orden? Esta misma que aquí sigue. Cumpliendo los deberes de su cargo, Fr. Pedro Hernández había ido á visitar el convento de la Encarnación, y le halló en un trastorno inexplicable; la Casa, mal

regida, carecía, no sólo de lo espiritual, sino de lo temporal; más de ochenta religiosas formaban la Comunidad, y para los gastos diarios y precisos no bastaban los ingresos; resultando de todo ello que, mal acostumbradas á carecer, pues la vida que profesaban no estaba sujeta á pobreza, tenían que tratar á las personas de quienes pudiesen haber recursos, hallándose por esta causa expuestas á mil peligros. El estado del convento parecíase á un pueblo amotinado, en que todos mandan y ninguno quiere obedecer.

Las gestiones del Visitador para contener aquel desorden fueron ineficaces; las del Provincial tuvieron el mismo resultado, y ya se hablaba entre las religiosas de pedir licencia á los Superiores para retirarse cada cual á casa de sus padres, cuando Fr. Pedro Hernández resolvió atajar el escándalo que de estas novedades podía seguir, y determinó traer á Teresa de Jesús para gobernar el convento de la Encarnación.

Concebido tal proyecto, lo reservó á fin de que no pudieran estorbarlo; reunió Capítulo con el Provincial (que seguía siéndolo Fr. Angel de Salazar) y los definidores de los religiosos calzados; expuso las razones que le obligaban á adoptar esta resolución, y con su autoridad y el voto unánime de los que le escuchaban nombró á la santa Madre priora del alborotado monasterio.

Si el alma bendita de la fundadora hubiera podido sentir contrariedad, seguramente la habría experimentado al tener conocimiento de tal hecho; sin embargo, se afligió tanto como era posible sin ofender á Dios, pues no se hallaba con fuerzas para la carga que echaban sobre sus hombros.

Ansiosa de alientos y consolación, recurrió al divino Esposo y derramó en su presencia las amargas lágrimas que le arrancaban su tristeza; y como los pesares no suelen venir solos, además de la desagradable perspectiva que le ofrecía su cargo de Prelada, había tenido en aquellos días noticias del gran peligro de perderse en que se hallaba uno de sus hermanos.

Era la octava de la Visitación, y retirada en una ermita que había hecho labrar en lo más apartado del huerto oraba con todo su corazón y pedía al Señor que protegiera á la sangre de su sangre, exhalando estos fervorosos conceptos:

—«¿Por qué está mi hermano donde peligra su salvación? Si yo viera, Señor, un hermano vuestro en este riesgo, ¿qué no haría por salvarle?» (Adiciones á la Vida de la santa Madre.)

Mas no bien concluía de formular tales quejas, el Señor le respondió con admirable claridad:

—«¡Oh hija, hija! hermanas mías son estas de la Encarnación, y te detienes; pues ten ánimo. Mira que lo quiero yo, y no es tan difícil como te parece, que es grande mi poder.» (Adiciones á la Vida de la santa Madre.)

El aura de la esperanza secó en las mejillas de Teresa el llanto del desaliento, y fuerte para la lucha salió de la ermita con sólo esta idea:

—«Determinada estoy á morir mil veces antes de faltar á lo que entiendo que es voluntad de Dios.» (P. Yepes, tomo I, lib. II, fol. 356.)

La ejecución siguió de cerca al propósito; hizo pública renuncia, ante testigos, de los privile-

gios y franquicias que le daba la Regla mitigada; prometió guardar siempre y en todas circunstancias las Constituciones de la Reforma, y concluídas estas importantes diligencias se puso en camino para Avila el 13 de Julio de 1571, tan enferma de cuerpo como animosa de espíritu.

V

Mientras la orden de Fr. Pedro Hernández iba á Medina del Campo, la noticia de la elección que el Visitador apostólico y su Consejo habían hecho cayó como un rayo en el convento de la Encarnación: alarma inexplicable; cólera imprudente, que estallaba en gritos y quejas; temor exagerado, todo se agitaba á la vez. Resueltas á no aceptar semejante Priora, las religiosas protestaron enérgicamente y se resolvieron á rechazarla hasta por la fuerza si se obstinaban en imponerla contra el deseo de la Comunidad.

Llegaba en tanto á Avila nuestra Santa en alas de su celo y ansiosa de padecer hasta morir por el Amado de su alma; apenas tuvieron noticias de su venida, fueron á verla el Visitador y el Provincial; y aunque trataron de disimular en cuál ánimo la esperaban, no lo consiguieron, pues su viva inteligencia se penetró muy pronto de la situación.

—Es el caso,—dijo muy preocupado Fr. Pedro Hernández,—que mañana he de ausentarme, y hoy sólo al viaje puedo dedicar mi tiempo; pero antes de medio día vendrá el Padre Provincial á buscar á su reverencia, la acompañará

al convento, y él mismo leerá á la Comunidad las patentes de elección.

—Como quiera su paternidad, —repuso con dulzura la fundadora: —estoy dispuesta á obedecer en todo.

— Bien necesita la protección del Cielo, pues están las religiosas que sólo ángeles podrían sufrirlas.

Esto decía para sí el Visitador, muy contento de hallarse libre de tan molesto asunto, en tanto que el Provincial murmuraba también en su interior:

- -Con una pizca del deseo de obedecer que tiene esta sierva de Dios se acababan los alborotos del convento.
- ¿Qué va á ser de nosotras? exclamaban á su vez las rebeldes súbditas de Teresa. ¡ Famosa vida nos espera! Además de la falta de recursos, Prelada tan dura que no hay medio de ablandarla. Ser gobernadas por una descalza era lo único que necesitábamos. ¡ Adiós rejas, locutorios, conversaciones y toda clase de honestos pasatiempos!

— Ahora sí que pido licencia, y me voy con mis deudos, —añadía otra; — que si ha de tratar al prójimo como á sí misma, tendremos de sobra penitencias, mortificaciones, ayunos y cilicios.

—Nos estará bien cuanto hagan con nosotras ya que sólo tenemos ánimo para hablar,—dijo una de las más vehementes;—desde que la elección se hace contra nuestra voluntad, ¿ porqué hemos de recibir la Priora?

-¿Y cómo impedirlo? - preguntó una de las tímidas, que, por desgracia, eran pocas.